

Tres mujeres en un tren

Los libros tienen una magia especial. Han aparecido muchas veces en mi vida encajando a la perfección con los temas que más me preocupaban en el preciso instante. Han aparecido por azar o a través de historias inverosímiles sin que yo los hubiera buscado, como si fueran respuestas a preguntas que ni siquiera había formulado de forma concreta en mi interior, o como sugerencias para la reflexión abriendo nuevos caminos y perspectivas para mis pensamientos.

La primera vez que me vi envuelta en esta magia - porque de magia, sin duda, se trata - fue en un tren de larga distancia siendo yo aún muy joven. En una parada se subió una mujer que llevaba una maleta y varias bolsas que ordenó todas en el asiento contiguo. Poco después sacó un libro y se sumergió en la lectura sin prestar más atención ni al paisaje ni a mí. Así que podía observarla sin tener que disimular mi curiosidad. Era mucho mayor que yo. Su voluminoso pelo rubio lucía bastantes canas ya, pero lo tenía recogido de forma descuidada en lo más alto de la cabeza, lo que junto con un maquillaje poco discreto le daba un aire de extravagancia. Una falda larga y ancha, una blusa floja y un chaleco bordeado a colores subrayaban esta impresión. Supuse que era extranjera, así que no me sorprendí cuando vi que el título del libro estaba en inglés y con un poco de esfuerzo hasta pude descifrar el nombre de la escritora. La mujer estaba leyendo "Una habitación propia" de Virginia Woolf en su versión original. Había escuchado hablar de esa autora, pero nada más.

Me gustaba mucho la portada que mostraba una mujer joven ensimismada sentada en una mesa leyendo un libro ante una ventana nocturna. Había una fuente de luz invisible que iluminaba su rostro y según como la extranjera movía el libro parecía que era el sol otoñal, que interrumpió a través de la ventanilla del tren, el que alumbraba el cuadro. Me preguntaba qué podía decir esta joven de aspecto austero y sencillo a una mujer madura con aire estafalario. Pero de pronto esta cerró el libro y me lanzó una mirada tan directa que me asusté y rápidamente miré por la ventana donde el paisaje pasaba tan deprisa que era difícil apreciar su hermosura. Contra mi voluntad, me sentía como una niña que fue descubierta haciendo algo malo y, si antes me había

apetecido entrar en una conversación con la señora extraña, ahora me sentía profundamente incómoda y esperaba que no me hablase. No dejaba de mirarme hasta que llegamos a la próxima estación: una ciudad insignificante pero lugar de tránsito para viajeros de todas partes porque ahí se cruzaban muchas líneas del ferrocarril. Se levantó cuando el tren ya estaba a punto de parar, cogió su maleta y sus bolsas, y salió sin saludar. Aún la vi desaparecer entre la multitud después de haber cruzado la vía. Era alta y caminaba muy erguida a pesar de su madurez. Definitivamente parecía sacada de otra época, pero quizá solo era de otro sitio y otras circunstancias.

Cuando el tren arrancó de nuevo, vi moverse algo bajo el asiento: era el libro que la mujer había estado leyendo. Lo recogí del suelo, era una edición bolsillo ya algo gastada, pero sin marca páginas ni anotaciones que podían delatar su anterior dueña. Tenía la sensación de una pequeña victoria, una repentina alegría vil y malsana, estaba segura de que la chica de la portada estaba conmigo.

Mi viaje aún iba para largo, así que me sumergí inmediatamente en la lectura que me cautivó desde sus primeras páginas. Me senté con Mary Beton, Mary Seton, Mary Carmichael, o cómo se llamara, en un banco al lado de un río inglés bajo un placentero cielo otoñal y escuchaba la voz de una mujer obstinadamente libre e independiente, que creía en su propia valía y en una posible igualdad entre hombre y mujer. Una voz que abría senderos donde antes solo había visto acantilados y que se paseaba a lo largo de los abismos de su propia mente con un coraje extraordinario. Una mente que entendía que los retos más grandes consisten en enfrentarse a los propios demonios que no suelen tener ni sexo ni género. Era un libro que en un momento de mi vida que estaba llena de interrogantes y luchas por mi propia identidad femenina, me abrió un horizonte desconocido. Parecía que la chica de la portada me explicara cosas que hasta entonces nadie me había contado y que compartiera conmigo sus dudas y certezas que se cristalizaron gracias a un pensamiento perseverante e incorruptible. Era como una amiga que me tendía una mano en un momento que no veía nada claro y me animaba a hablar mi propio lenguaje.

Hoy apenas me acuerdo de su contenido, sin embargo, el libro sigue ocupando en mi estantería un lugar privilegiado que tengo reservado a los libros más especiales. Quizá debería releerlo en uno de mis largos viajes en tren. Pero correría el riesgo de perderlo y de que quizá una joven con la mirada ignorante y curiosa se lo quedase para encontrar su propia voz....

©Karin Monteiro-Zwahlen, mundiscript.de.to